

Lección 9

Febrero 24 de 1965

(Seminario cerrado)

Los saludo como quien se alegra de volverlos a encontrar luego de una larga ausencia. Voy a precisar algunos puntos por algunas pequeñas vacilaciones que han tenido lugar. Se entiende que no hay que ir a buscar cada vez una tarjeta para venir acá, así esto sólo tenga lugar cada mes. Las personas que han obtenido su tarjeta por diversas razones y que, en resumen, la depositaron la última vez en una caja (así fue como se organizaron las cosas) donde da fe de que su venida al seminario es regular... Las cosas se regularizarán con el tiempo. Sólo vendrán quienes tengan su tarjeta, y esta permanecerá en una caja que maneja la persona que controla la entrada y a la cual hay que remitirse siempre... para saber si la persona que pasa y dice “tengo mi tarjeta”, en efecto la tiene. Se obtiene la tarjeta una sola vez. Para los demás, su solicitud está pendiente. Hay quienes tienen una tarjeta de colores diferentes, una tarjeta provisional que uso para señalar que tengo que conocer más a la persona que se admitió de esa manera. Entonces, les ofrezco mis excusas por los malentendidos que han podido ocurrir. Hay personas que se desplazaron en vano; señalo aquí que lo siento. De hecho, pienso que no es muy raro que esas pequeñas vacilaciones puedan ocurrir en los comienzos de una organización difícil de poner a punto.

Hoy quisiera introducir lo que escucharán con la intención de dejar el campo libre lo más pronto posible. Deseo introducirlo con algunos comentarios que buscan situarlo tanto para quienes, al llegar aquí con diversos prejuicios, quiero decir, con la idea que tienen de lo que debe hacerse en un seminario cerrado, bien podrían no darse cuenta enseguida de por qué van a escuchar expresamente lo que vendrá, como para las raras personas que vienen aquí desde hace muy poco.

Hoy van a oír hablar de lógica. Supongo que la cosa no sorprenderá a quienes vienen y siguen mi enseñanza desde hace mucho tiempo. Para estas personas, debe dibujarse con el tiempo, de manera cada vez más firme, que hay relaciones íntimas, profundas, esenciales entre el psicoanálisis y la lógica. No parto de que aquí todos, ni siquiera muchos, sean lógicos, y de que yo pueda sobre este punto partir de que hablo a oídos enterados, sin embargo, por poco que éstos hayan tenido la ocasión de remitirse por ejemplo al capítulo introductorio de cualquier tratado de lógica, se darán cuenta de que los lógicos, para situar la lógica misma, para ubicarla (lo cual es en verdad lo mínimo a lo que debe obligarse un lógico cuando comienza un tratado de lógica), verán, les llamará la atención, sobre todo si yo les siembro la curiosidad en este punto, hasta qué punto las dificultades con que se encuentra el lógico para colocar su ciencia en la jerarquía, en la clasificación de las ciencias, son definitivamente análogas, corresponden a las dificultades que asimismo puede hallar el analista. Esto es sólo una indicación.

El psicoanálisis es una lógica, e inversamente puede decirse que la lógica puede esclarecerse mucho con algunas preguntas radicales que se plantean en el psicoanálisis. Para

limitarnos al nivel de la más escueta fenomenología, lo que sorprende, lo que sorprende a quien viene de afuera cuando llega y oye al psicoanalista hablar del valor, el acento, la traducción que hay que darle a tal o cual manifestación del comportamiento, a tal o cual síntoma, es algo en general que se manifiesta en ese recién llegado con la idea de una cierta ausencia de lógica; por lo menos de un cierto vuelco, de un cierto desorden en la lógica, y es frecuente ver que se plantee la objeción de que en psicoanálisis se sacará la misma conclusión a partir de hechos indebidamente llamados contradictorios (porque los hechos no pueden ser contradictorios, pueden ser opuestos, operar en sentido contrario), se subrayarán al punto las mismas conclusiones. ¿Quiere esto decir... quiere esto decir que la interpretación analítica, la estructuración de la teoría, hace poco caso de la lógica? ¡Justamente no! Este uso psicoanalítico de la lógica es una razón de más para que nos preguntemos cuáles son sus reglas efectivas... ¡porque en realidad eso no funciona sin reglas! Para nosotros es una sugerencia preciosa, tanto más insistente, de adentrarnos más que nunca en la lógica y hasta de darnos cuenta de que (ya lo decía y lo indicaba hace poco) la verdadera cuestión es ver si no hay alguna relación profunda que hace que la pregunta que plantean los lógicos, a saber, sobre qué hace mella la lógica... Porque no es tan simple, la lógica no nos da los hechos, o como se dice, las premisas. ¿Qué nos da la lógica? La manera de sacar provecho. ¿En qué recae, en qué milagro recae esta efectividad de la lógica? Porque, en últimas, y los mismos lógicos lo señalarán, a la lógica se la observa. No hay necesidad de pensar tanto en ello para observarla, salvo porque uno se da cuenta de que al observarla a veces se dan pasos en falso de lógica y de que es ésta la que nos pone sobre aviso. Pero bueno, en principio, cuando se razona no se piensa todo el tiempo en seguir las reglas de la lógica y, para decirlo todo, bien puede decirse que para razonar bien hay que arreglárselas sin la lógica, es decir, sin las reglas del buen razonar.

Pero cuando se hace más, como el analista, se tiene la sensación o por lo menos se da la sensación de que no se la tiene en cuenta. Tal vez sea ahí donde empieza tanto más la necesidad que nos impone que no puede uno arreglárselas sin la lógica. Si no se la tiene en cuenta, se tiene esa sensación de que aquello sobre lo cual hace mella la lógica normalmente se convierte en ese momento en un asunto definitivamente de primer plano. Estas son verdades absolutamente generales.

Hay un segundo plano, que es del que partí hace poco, a saber, la enseñanza que pude ya impartir, organizar, extraer desde hace algunos años. He destacado funciones que no he inventado, no son latentes, son patentes, están articuladas en el análisis, aun en aquellos autores que no las expresan con los mismos conceptos, siguiendo las mismas funciones con que yo lo hago. Están presentes, son manifiestas, están ahí desde el origen. Podría describirse una parte o por lo menos todo un lado, toda una cara de lo que articulé como el intento de situar, de establecer, una lógica de la falta, pero no basta con decir esto. Durante mi último discurso, el de comienzos de febrero, por ejemplo, pudieron ver articularse, oponerse, dos horizontes en dos polos, funciones del *ideal del yo* y del *yo ideal*, por ejemplo; función pivote, determinante del objeto *a* en esos dos términos opuestos de la identificación. Me vieron, me oyeron articularlo de cierta manera que me parece que pudo ser satisfactoria por lo menos para quienes ya estaban suficientemente entrenados por esta vía, es decir, que se manifieste, que tenga asidero a nivel del sujeto o al nivel de este objeto privilegiado, singular, que se llama objeto *a*, al nivel de las diversas formas más o menos

engañosas de la identificación, a nivel de las vías en que ponemos a prueba esa función de la identificación, a lo cual le di el nombre de vías del engaño o de la transferencia.

Tenemos ahí unos planos que no basta con enumerar, ni con acariciar de paso para creer que poseemos la clave de lo que habría que manejar. Esos dos mismos niveles, esos planos, se articulan, y lo hacen de una manera que ha de ser tanto más precisa cuanto que es más nueva, más desacostumbrada. Esta nueva lógica llegará a ser habitual, no lo duden, encontrará su articulación y su práctica en suficientes mentes como para que el tema, los tópicos, si puedo expresarme así, se propaguen y constituyan el fundamento organizador de nuestra investigación y de ahí puedan pasar al exterior, filtrar, *osmosearse* por fuera de manera tal que otros que en otros campos chocaban con tales atolladeros lógicos, reconozcan precisamente que ahí se forja un aparato cuya utilización, tal como puede esperarse, por supuesto, sobrepasa infinitamente el orden de simple regla práctica para uso de los terapeutas que se llamarían psicoanalistas.

Entre esos problemas esenciales y en verdad enormes, prominentes, casi aplastantes, y no sólo en nuestro campo, el asunto de saber si lo *Uno* es una constitución subjetiva esencialmente, es un asunto primordial. Es hacia este asunto de lo Uno que entiendo dirigir la continuación de mi discurso de aquí al final de año, asunto sobre el que he martillado ampliamente, puedo decir que casi durante un año entero, hace tres años en mi seminario sobre la *Identificación*, hacia este asunto de lo *Uno* del rasgo unario, por ser la clave de la segunda especie de identificación distinguida por Freud, asunto esencial, pivote para esta lógica cuyo estatuto se intenta constituir. El problema es: el hecho de que este *Uno* sea de constitución subjetiva, ¿elimina que esta constitución sea real? Ese es el problema al que se destina a contribuir una reflexión, una meditación que estuvo extraordinariamente adelantada (veinticinco años exactamente) respecto a todo lo que las mentes eran capaces de recibir en ese momento: la meditación de Frege en el campo específico en el que lo Uno ha de adquirir su estatuto, a saber, el de la aritmética. Por eso exponemos su referencia, su punto terminal en nuestro discurso de este año, y también para que esa no sea una especie de simple signo que se hace en alguna isla, de algún Filocteto abandonado que habría dado gritos en vano durante ciertos años, y lo único que haríamos nosotros sería renovar ese paso, este crucero indiferente; que, evidentemente, ahí sucedía algo importante (ya no quiero insistir más) y que su esencia ha pasado a otro lugar. ¡No! Esto nunca es cierto, la esencia de una búsqueda no pasa a otra parte. Es al lugar mismo del hallazgo que se trata de volver si queremos en verdad recibir su huella, su marca, realzar también para nosotros su repercusión.

Es por esa razón que la última vez le pedí a uno de los que fueron aquí signo de la verdad de aquello en lo que creo (que lo que tenemos por decir en psicoanálisis sobrepasa en mucho su aplicación terapéutica, que el estatuto del sujeto queda allí comprometido en esencia), es en la medida en que pude recoger aquí esta especie de respuesta que me muestra que efectivamente no se trata con eso simplemente de castillos en el aire, que en efecto están comprometidos, desde una cierta posición, un cierto número de mentes, con una sola condición, si puedo decir: que estén abiertos, que tengan lo que debe haber en el fondo de toda apertura docta, a saber, una cierta ignorancia, una cierta frescura, aquellos para quienes el uso de los conceptos no es algo sobre lo que siempre se ha sabido que cuando uno se refiere a la buena cordura práctica de papá y mamá, siempre puede dejar hablar a los que

especulan, siempre puede también dejar que pasen de lejos los gritos de indignación, que pasan a diestra y siniestra, entre tal o cual desorden del mundo. Todos saben que la realidad consiste en no dejarse afectar por esos gritos. Lo que se llama realidad no es a menudo, y es justamente eso lo que tenemos que hacer en el psicoanálisis: llevar la función de la realidad, especialmente para nosotros los analistas, hasta un cierto coeficiente de sordera mental. Por eso la referencia a la realidad, muy a menudo planteada en el psicoanálisis, debe siempre incitarnos, más que a la reserva, a desconfiar un poco.

A Dios gracias, me llegó una nueva clase, una nueva generación de gente no sorda, que me responda. Es a uno de ellos a quien doy hoy la palabra, para responderle a otro, a uno de los que, la última vez, aceptó hacernos el favor de introducir aquí el discurso y la pregunta de Frege, para responderle y también para abrirles las diversas vías en las que anhelamos que intervenga cualquiera de los que sea admitido aquí. Y el hecho de que este salón esté lleno prueba bien que no estoy poniendo ahí barrera artificial alguna, que dejo a quienquiera que se presente con el deseo manifiesto de participar en nuestro diálogo, que no pongo ahí barrera alguna. Pero ya que mi acogida es tan amplia, les ruego que me aporten, de la forma que sea, su respuesta; apórtenme el testimonio de que esa conducta mía tiene razón de ser.

Leclair, que intervino la vez pasada antes del informe de Duroux al que me referí, no está hoy aquí porque tenía un compromiso ya acordado desde hace rato. Tenía que hablar en una ciudad en el exterior, Bruselas, para llamarla por su nombre, de manera que la respuesta que hoy se le pudiera haber traído, o referente a lo que Leclair dijo, no podrá realizarse hoy. Gracias a esto, no tengo que lamentar mucho el hecho, lamentable en sí sin embargo, de que después de que pedí que cada uno de los que se hubiese beneficiado con ese texto multicopiado (el cual fue puesto a disposición de cada cual, de quien quería), pedía que cada uno se comprometiera a dar una corto comentario escrito. En efecto recibí unos cuantos, que no sobrepasan los seis, lo cual es poco, dado que retiraron treinta y cinco textos de Leclair del lugar donde dije que los podían hallar.

No comento más el hecho de esta carencia. Dije y previne claramente que le daría a esto las salidas que fueran más convenientes, a saber, que no hay duda de que no puedo, que no está dentro de mi intención hacer de esta asamblea, llamada seminario cerrado, algo a donde vienen demasiadas personas que, independientemente del beneficio que puedan extraer de ello, se colocan en una posición de retiro que sólo puedo entender, en el seminario cerrado, como una cierta posición de rechazo. Por supuesto, se necesita que yo pueda saber en qué medida está dispuesto cada cual a contribuir en lo que, aquí, debe ser esencialmente sesión de trabajo.

Dicho esto, yo no había pedido expresamente aportar comentarios al informe de Duroux. Hasta hoy no he recibido ninguno. Me gustaría recibirlos, después de que hayan oído la respuesta prevista, a la cual no pudimos darle campo al final del seminario anterior, la respuesta que va a darle ahora Jacques-Alain Miller, a quien doy la palabra.

Título de la intervención¹:

“QUINTA ESTACIÓN – ELEMENTOS DE LA LÓGICA DEL SIGNIFICANTE”¹⁰¹

Jacques-Alain Miller:

“No tiene derecho a hablar de psicoanálisis quien no haya adquirido por un análisis personal, esas precisas nociones que sólo este puede entregar.”

No tiene derecho... Imagino, damas y caballeros, que respetan mucho ustedes el rigor de esta prohibición, pronunciada por Freud en sus *Nuevas conferencias sobre el psicoanálisis*.

Una pregunta se me plantea también a su intención, articulada como dilema: si, transgrediendo las prohibiciones, será de psicoanálisis que hablaré y sin tener derecho, cuando escuchan a alguien totalmente incapaz de presentar el título que autorizaría sus credenciales, *¿qué hace usted ahí?* O en cambio, si mi tema no es de psicoanálisis, de nuevo, ustedes que tan fielmente dirigen sus pasos hacia esta sala para saberse alimentados regularmente con problemas relacionados con el campo freudiano, *¿qué hacen entonces aquí?*

¿Qué hacen aquí sobre todo ustedes, damas y caballeros analistas, que escucharon esta advertencia dirigida particularmente a ustedes por Freud, de no ponerse en manos de quienes no sean, de su ciencia, adeptos directos, como dice Freud: todos esos susodichos sabios, todos esos literatos que cocinan su sopita en su fogón sin siquiera expresar agradecimiento por su hospitalidad? Que si la fantasía de quien hace las veces de quien tiene la sartén por el mango en sus cocinas pudiese divertirse viendo a alguien que es un vil ayudante de cocina adueñarse de esta marmita (y es natural que ustedes tengan gran interés en esta marmita puesto que de ella es que extraen su subsistencia), no es seguro que (y confieso que lo dudé) estén ustedes dispuestos a beberse una sopita preparada de esta manera. Y sin embargo, ahí están ustedes. Permítanme maravillarme por un instante de su asistencia y tener por un momento el privilegio de manipular este órgano precioso entre todos aquellos de los que disponen para su uso: su oreja.

Entonces, será su presencia aquí lo que trataré de justificar para ustedes mismos, por razones que por lo menos sean confesables.

Esta justificación se apoya en lo siguiente, que no podría haberseles escapado tras los desarrollos con los que se han encantado en este seminario desde el comienzo del año escolar: que *el campo freudiano no es representable como una superficie cerrada*. La apertura del psicoanálisis no resulta del liberalismo, de la fantasía ni del enceguecimiento de quien se ha instituido en el lugar de su guardián. Esta apertura resulta de que, si no se está situado en su interior, no por ello se es rechazado a su exterior, si es cierto que en un cierto punto, que escapa a una topología reducida a dos dimensiones, se produce su convergencia.

¹ Se conocen tres versiones de este informe, el primero de los cuales es este, oral, que fue luego multicopiado, y editado en *Cahiers pour l'Analyse*, vol. 1-2, París, Seuil, 1966, 1975.

El hecho de que yo pueda ocupar ese punto por un instante, es donde ustedes escapan al dilema que les presenté, y donde encuentran el argumento que justifica que sea necesario que ustedes sean aquí auditores de buena fe.

Se trata, pues, de que yo llegue a ocupar ese punto. Con eso ven, damas, caballeros, hasta qué punto estánⁱⁱ comprometidos en la empresa que fomento, hasta dónde haberlosⁱ implicado en su éxito o en su fracaso.

CONCEPTO DE LA LÓGICA DEL SIGNIFICANTE

Lo que busco restituir aquí, al recoger pedazos regados en el discurso de Jacques Lacan, debe designarse con el nombre de lógica del significante, lógica general por el hecho de que su funcionamiento es formal respecto a todos los campos del saber que pudieran especificarlo, inclusive el del psicoanálisis, lógica elemental en la medida en que allí estarán dadas las únicas piezas mínimas indispensables para asegurarle una marcha reducida a su movimiento lineal.

La simplicidad de su economía no debería por ello disimularnos que las conjunciones que allí se realizan entre ciertas funciones son bastante esenciales como para no poder descuidarlas sin descarriar los razonamientos propiamente analíticos, e intentaré, adentrándome en un terreno que conozco mal, administrar la prueba de esto efectuando, según criterios puramente formales, una localización somera de las aberraciones conceptuales en las que se encuentra constreñida una ponencia, de la que de hecho sólo podemos reconocer su mérito, publicada en el [tomo VIII] de la revista *La Psychanalyse*, aberraciones que tal vez pueden deducirse del descuido manifiesto allí de la lógica del significante.

Su relación con lo que llamaremos la lógica lógica [*logique logicienne*] resulta singular por el hecho de que trata exactamente sobre su emergencia y porque ha de hacerse reconocer como lógica del origen de la lógica, es decir, y el punto es capital, que no sigue sus leyes, que cae por fuera del campo de su jurisdicción puesto que la prescribe. Aquí, en lo que nos concierne, alcanzaremos esta dimensión de lo arqueológico por vía de un movimiento retroactivo a partir de ese campo de la lógica en donde precisamente se realiza el desconocimiento más radical por el hecho de que se identifica con su posibilidad misma.

El hilo conductor será el discurso pronunciado por Gottlob Frege en sus *Grundlagen der Arithmetik*, privilegiado porque cuestiona los términos aceptados como primeros en la axiomática, que basta para construir la teoría de los números naturales, axiomática de Peano. Esos términos, que se aceptan como primeros de esta axiomática, ya se los enumeraron en el último seminario cerrado; se trata del término cero, del de número y del de sucesor.

No nos ocuparemos de ninguna de las inflexiones operadas luego sobre esta primera mirada de Frege. Nos mantendremos entonces más acá de la tematización de la diferencia entre sentido y referencia, así como de la definición de concepto, introducida más tarde a partir de la predicación, que hace funcionar entonces el concepto en la dimensión de la no saturación,

ⁱⁱ El texto dice *êtres* en lugar *êtes*: “[...] *combien vous êtes* [...]”. La estenotipia reza *êtes* [N. del T.]

que es como el resto de la diferencia entre predicación e identidad. Esto para responder a alguien que cuestionaba de la ponencia anterior el descuidar el concepto de saturación.

Queda entonces muy claro que no hablo (resultaría muy presuntuoso) como filósofo. De hecho, sólo conozco una definición del filósofo, la de Henri Heine, aceptada por Freud, citada por él, que dice:

“*Con su gorro de dormir y los colgajos de su bata, tapona los huecos del edificio universal.*”ⁱⁱⁱ

La función del filósofo, la de saturar, no le es particular; lo que caracteriza aquí al filósofo como tal es la extensión de su campo, extensión que es la del edificio universal. Lo que importa es que ustedes se convenzan de que tanto el lingüista como el lógico, cada cual en su nivel, suturan.

Tal vez entonces lo que haga aquí no será filosofía sino tal vez epistemología, y más precisamente tal vez, lo que Georges Canguilhem, a quien le sorprendería que se lo cite aquí, llama un trabajo sobre conceptos. Aquí esos conceptos son el sujeto y el significante.

EL CERO Y EL UNO

En su forma más general, la pregunta se enuncia así: *¿qué es lo que funciona en la serie de los números enteros naturales con lo cual hay que relacionar su progresión?* La pregunta es entonces *¿de quién?* La respuesta la doy antes de alcanzarla: es que en el proceso lógico de la constitución de esta serie, es decir, en la génesis de la progresión, opera, desconocida, *la función del sujeto*.

Esta proposición no puede evitar tomar forma de paradoja para quien no ignora, y sin duda están ustedes al tanto, que el discurso lógico de Frege empieza excluyendo lo que, en una teoría llamada empirista, resulta esencial para hacer pasar la colección de unidades a la unidad del número, lo cual permite, en esta teoría empirista, pasar de la colección de la unidad a la unidad del número, o sea, la función del sujeto así llamado en una teoría empirista. La unidad así lograda para la colección sólo es permanente mientras el número funcione allí como un nombre, nombre de la colección, nombre que ha debido llegarle para que su transformación se realice en unidad. Entonces la nominación tiene aquí por función asegurar la unificación. Y en esas teorías empiristas, el sujeto asegura esta función correlativa del nombre que es la del don del nombre, cuyo vínculo esencial con la nominación se confiesa sin tapujos, tal cual, y puede agregarse que es de ese don del nombre, al cual puede permitir reducirse la función del sujeto, que se origina su definición de creador de la ficción. Sólo que ese sujeto, designado aquí por su nombre, es un sujeto definido por sus atributos psicológicos. El sujeto que Frege excluye al comienzo de su

ⁱⁱⁱ Cf. las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, conferencia 35 sobre el problema de la concepción del universo (*Weltanschauung*), cita tomada de Heine, *Das Buch der Lieder*, “Die Heimkehr”, 58: “*Mit seinen Nachmützen und Schlafrockfetzen / Stopft er die Lücken des Weltenbaus.*”. La traducción de José Etcheverry, a pesar de ser la más parecida a la de J-A. Miller, contiene sin embargo un plural: «Con sus gorros de dormir y jirones de su bata, taponan los agujeros del edificio universal». La traducción de Luis López Ballesteros acude a otros giros: “Con su gorro de dormir y con los jirones de su camión parcha las brechas de la estructura del Universo.” [N. del T.].

discurso es ese sujeto, ese sujeto definido como detentor de un poder, y esencialmente detentor de una memoria que le permite circunscribir esta colección y no dejar que se pierdan todos sus elementos que son intercambiables. Entonces el discurso de Frege, que se erige de entrada contra la fundación psicológica de la aritmética, excluye al sujeto del campo en donde ha de aparecer el concepto de número. De lo que se trata es de mostrar que el sujeto no se reduce, en su función más esencial, a su poder psicológico.

Saben ustedes que el discurso de Frege se desarrolla enteramente a partir del sistema fundamental de tres conceptos, el concepto del concepto, el concepto de objeto, el concepto de número, y de dos relaciones, relación del concepto con el objeto, relación que se llama subsunción, y la segunda que es la relación del concepto con el número que para nosotros será la asignación.

Entonces el esquema es muy simple. Lo reproduzco.

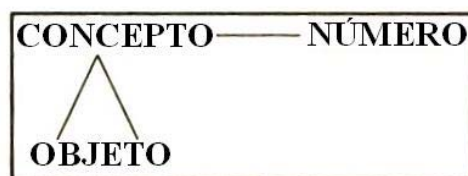


Fig. IX-1

Está claro que esta apertura, \wedge , es la marca de la relación de subsunción como tal. La definición del concepto, tal como la da Frege, no tiene por qué sorprender, porque se sitúa en la línea del pensamiento más clásica, porque su función es de reunión. Pero lo inédito aquí, y lo específicamente lógico, es que el concepto se define con la sola relación que éste sostiene con lo subsumido. El objeto que cae bajo el concepto toma su sentido por la diferencia con la cosa, que es simplemente cuerpo que ocupa una cierta espacio-temporalidad en el mundo. Porque aquí el objeto se define únicamente por su propiedad de caer bajo un concepto, sin considerar sus determinaciones, que alguna investigación diferente a la lógica podría descubrirle. Entonces aquí se halla esencialmente privado de sus determinaciones empíricas. Resulta entonces que el concepto que será operatorio en el sistema no será el concepto formado a partir de determinaciones *sino el concepto de la identidad con un concepto*. Es con ese redoblamiento que entramos en la dimensión lógica como tal. Es esencial ver que la entrada en la dimensión lógica como tal se produce con la aparición de la identidad.

De esta manera, en la obra de Frege sólo aparentemente se trata del asunto del concepto, por ejemplo, "luna de la tierra". Se trata de hecho del concepto "idéntico al concepto luna de la tierra", pues como se trata del concepto "idéntico al concepto luna de la tierra", lo que cae bajo el concepto no es la cosa, como tal, sino únicamente la cosa en tanto que es *una*. La asignación del número, la segunda relación, se deduce de esta subsunción como extensión del concepto "idéntico al concepto luna de la tierra". Se ve entonces que lo que caería en el concepto "luna de la tierra" sería la luna, pero lo que cae bajo el concepto "idéntico al concepto luna de la tierra" es un objeto, el objeto "luna de la tierra", es decir, la unidad. De allí la fórmula de Frege, el número que se le asigna al concepto F es la extensión del concepto "idéntico al concepto F".

Esta tripartición de Frege tiene entonces el efecto de dejarle únicamente a la cosa el único soporte de su identidad consigo misma, con lo cual es objeto de ese concepto. El fundamento del sistema de Frege ha de señalarse entonces en la función de la identidad en tanto que es ésta la que realiza la transformación de toda cosa en objeto, por no dejarle más que la determinación de su unidad.

Por ejemplo, si me pongo a reunir lo que cae bajo el concepto “hijo de Agamenón”, tendré esos hijos que llevan por nombre Crisotemis, Electra, Ifigenia y Orestes. Y sólo puedo asignarle un número a esta colección haciendo intervenir el concepto de lo *idéntico al concepto hijo de Agamenón*. Gracias a la ficción de ese concepto, cada hijo intervendrá aquí en tanto aplicado a sí mismo, lo cual lo transforma en unidad, lo cual lo hace pasar al estatuto de objeto como tal numerable. Aquí, lo lógico se origina por la conjunción de la función de subsunción, es decir, de reunión, con la función de la identidad con la cual (el punto es capital, pronto veremos su incidencia) lo subsumido se remite a lo idéntico. Y el nombre de la colección subsumida es ser “hijo de” para llegar a ser *cuatro*.

Lo importante aquí, ya lo captan, es que la unidad, que podríamos llamar *unificante* del concepto como papel moneda [*assignat*] del número, está subordinada a la función de la unidad como *distintiva*. El número como nombre ya no es entonces el nombre que unifica una colección sino el nombre distintivo de una unidad. El *uno*, este *uno* de lo idéntico de lo subsumido, ese *uno* es lo que todo número tiene de común por constituirse ante todo como una unidad. En el punto de elaboración en que estamos, pienso que sentirán el peso de la definición de lo idéntico que voy a producir, en el hecho de que es la función que asume la identidad la que permite que las cosas del mundo reciban su estatuto de *significante*.

Entienden que, en cuanto a esta definición de la identidad, en tanto que le dará su verdadero sentido al concepto de número, se deduce que no debe tomarle nada prestado, con el fin de poder engendrar la posibilidad de la numeración. Frege toma prestada esta definición, punto pivote en su sistema, de Leibniz. Aquella está en esta corta frase:

“*Eadem sunt quorum unum potest substitui alteri salva veritate*, idénticas son las cosas cuando una puede ser sustituida por la otra sin que se pierda la verdad.”

Lo que se cumple en esta fórmula, que podría parecer anodina si el mismo Frege no la subrayase, pueden calcular su importancia, es la emergencia de la dimensión de la verdad como necesaria para que funcione la identidad. En tanto lógico ocupado en la génesis del número, Frege sólo hace uso de esta definición en la medida en que permite la posibilidad de modificarla en una definición de la identidad consigo mismo. Y ahí damos en un punto aun más radical que al que apunta la definición de Leibniz, porque en últimas la definición de la verdad, cuando la identidad consigo mismo está en juego, resulta aun más amenazada. Después de todo, si seguimos la frase de Leibniz, el desfallecimiento de la verdad, esta pérdida de la verdad en la sustitución de una cosa por otra, esta pérdida cuya posibilidad queda abierta por un instante con la frase de Leibniz, a esta pérdida la seguiría, justo después, el restablecimiento de la verdad para una nueva relación, puesto que si yo sustituyo una cosa por una cosa que no le es idéntica, la verdad se pierde pero se vuelve a hallar en el hecho de que esta nueva cosa será idéntica a sí misma. Mientras que, el hecho de que una cosa no sea idéntica a sí misma subvierte de cabo a rabo el campo de la verdad, lo arruina y lo erradica hasta su raíz. Comprenden cómo la salvaguarda de la verdad queda

comprometida en este idéntico a sí que asegura el paso de la cosa al objeto. Lo idéntico a sí surge en el campo de la verdad. Y lo idéntico ha de situarse en el campo de la verdad en tanto es esencial para que ese campo pueda ser salvaguardado.

LA VERDAD ES. CADA COSA ES IDÉNTICA A SÍ

Ahora, hagamos funcionar un poco el esquema de Frege, esta tripartición tan simple, es decir, para hacerla funcionar hagamos ese recorrido reglamentado que él nos prescribe. Tomemos una cosa x del mundo. Tomemos el concepto de este x . El concepto que intervendrá aquí no será el concepto de x sino concepto de lo idéntico a x . Tal es el objeto que cae bajo el concepto idéntico a x : es x mismo. En ello el número, y aquí está el tercer término del recorrido, el número, que se le asignará a esta cosa vuelta objeto con esta translación, será el número *uno*. Tomé x , lo cual quiere decir que la función del número *uno* es repetitiva para todos los objetos del mundo. Esta repetición que hace que cada cosa, por el hecho de pasar al concepto de lo idéntico a sí, y luego al concepto del objeto producido, hace emerger el número uno. Es a partir de su sistema ternario, en tanto soportado por la función de la identidad, que Frege puede realizar el engendramiento que busca de la serie de los números enteros naturales, en un orden que es el siguiente: primero engendramiento del *cero*, luego engendramiento del *uno*, por último engendramiento *sucesor*.

El engendramiento del cero es admirable en su simplicidad que consiste en efectuarse así: *cero* es el número asignado al concepto “no idéntico a sí”. En otras palabras, concepto no idéntico a sí, como existe la verdad, objeto *cero*. Y el número, entonces, que califica la extensión de ese concepto, es el número *cero*. En ese engendramiento del 0, hice ver que está sostenido por esta proposición, que necesariamente lo antecede: que la verdad existe y debe ser protegida. Si no hay objeto que corresponda al concepto no idéntico a sí, es porque es preciso que la verdad persista. Si no hay cosa que no sea idéntica a sí, es porque es contradictoria con la dimensión misma de la verdad. Es en el enunciado decisivo de que *el número asignado al concepto de la no identidad a sí es cero*, donde se sutura el discurso lógico. Pero (ahí voy a atravesar rotundamente el enunciado de Frege) es claro que para realizar esta sutura primordial fue necesario evocar, al nivel del concepto, este objeto no idéntico a sí que resultó luego rechazado de la dimensión de la verdad y que el *cero* que se inscribe en lugar del número, trata como la marca de la exclusión. No hay, en el lugar del objeto subsumido mismo, en este lugar interior del sistema, escritura posible, y el *cero* que allí se inscribe, que podría inscribirse allí, sólo sería la figuración de una ausencia [*blanc*].

Ahora el *uno* se engendra por el hecho de que el *cero* como número es capaz de llegar a ser concepto y objeto. Si hay que pasar por el *cero* para engendrar el *uno*, es que lo que dije del x es sólo una ficción. Estamos en el campo de la lógica y no existe la posibilidad de darse un objeto del mundo. Por eso, una vez que se ha engendrado el número *cero*, se tiene por fin un primer objeto. Ello significa que Frege cuenta por nada este objeto que debió evocar y rechazar primordialmente. Entonces, ahora, ¿cómo engendrar el *uno* a partir de este primer objeto que es el número *cero*? Pues bien se da uno el concepto “idéntico al concepto del número *cero*”. En ese momento, el objeto que cae bajo este concepto “idéntico al concepto del número *cero*” es el objeto “número *cero*” mismo, y entonces es el objeto que hay que asignarle a ese concepto. Ahí se produjo el *uno*. Ven entonces que ese sistema opera gracias

a una translación de los elementos definidos en todos los lugares del sistema. Se tiene el concepto del número *ceros* y el número *ceros* se convierte en objeto para producir al fin el número *uno*.

Me gustaría plantear esta fórmula evidenciada, frente a ustedes que empiezan a creer que ese funcionamiento se efectúa un tanto lentamente. Me gustaría plantear esta fórmula evidenciada, puesto que es a ésta a la que todo nuestro desarrollo le dará una consecuencia cuyo valor tal vez empiecen ustedes a percibir : *que el ceros se cuenta como uno*. Esta propiedad fundamental del *ceros* de contarse como *uno* (allí donde su asignado conceptual sólo subsume en él falta de objeto, ausencia [*blanc*]), esta propiedad fundamental es el soporte general de la serie de los números tal como Frege la engendra. Esto queda caracterizado suficientemente, en una investigación menos profunda que la de Frege, al ser nombrado como el sucesor, es decir, sucesor de n obtenido por la adjunción del 1 . Mientras que algunos se contentan con la simple presentación de la operación, $n... n + 1$ da n' sucesor de $n - 3... 3$ más 1 da *cuatro*..., esta operación que puede bastarle a ese $n + 1$, Frege lo abre para descubrir cómo es posible el paso de n a su sucesor, en tanto está asegurado por esta operación.

La paradoja de este engendramiento, lo captan ustedes enseguida, van a captar enseguida que voy a producir la fórmula más general del sucesor a la que llega Frege. Esta fórmula es: “El número asignado al concepto “miembro de la serie de los números naturales que terminan en n ” viene, en la serie de números naturales, inmediatamente después de n ”. En otras palabras, la definición de $n + 1$ es: número asignado al concepto “miembro de la serie de los números naturales que terminan por n ”. Demos una cifra, ya verán cómo es de gracioso, cómo el truco de manos es absolutamente sorprendente. Aquí está el 3 , número honesto que conocemos bien, sobre todo aquí. Pues bien, ese número 3 me va a servir para constituir el concepto, miembro de la serie de los números naturales que terminan por tres. Resulta que el número que se le asigna a ese concepto es 4 . Ahí llegó el 1 . ¿Y de dónde llegó ese 1 ? Se necesita de un breve momento para captar la sutileza del asunto.

Aquí está el número 3 . Me salto el concepto “miembro de la serie de los números naturales que terminan en 3 ”, es decir, que hago funcionar el 3 como una reserva; no lo tomo ya como número, esta vez lo tomo, si quieren, como concepto. Voy a intentar ver qué hay en el vientre. Entonces descompongo. ¿Qué tiene 3 en el vientre? Tiene $1, 2, 3$, tres objetos, como dirían ustedes. Sólo que nos hallamos en el elemento del número, y en el elemento del número se cuenta el 0 . En la serie de los números naturales, el 0 cuenta por 1 , es decir, que además está el *ceros*, y que el *ceros* cuenta por *uno*. Aquí ven la fórmula fundamental del engendramiento de la serie de los números.

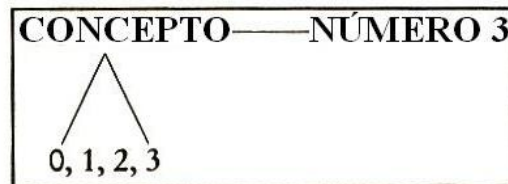


Fig. IX-2

De allí se desprende que es por la emergencia del *ceros* como *uno*, emergencia que se produce como el recorrido del número en el interior del ciclo, que se determina la aparición

del número sucesor en donde desaparece el *uno*. $1... n + 1... = n'$. El 0 está montado, fijado como 1 al número siguiente que desapareció. A tal punto que, bastará con volver a abrir ese número siguiente una vez más y se hallará allí *de nuevo* ese 0 que cuenta por 1. Ese 1 del $n + 1...$ que es sustituible (lo vieron hace poco), por todos los miembros de la serie de los números (en tanto que cada cual, por ser idéntico a sí, lo evoca necesariamente por no ser más que el cómputo del 0), autoriza a dar aquí esta interpretación del signo +, por el hecho de que su función de adición resulta redundante para producir la serie.

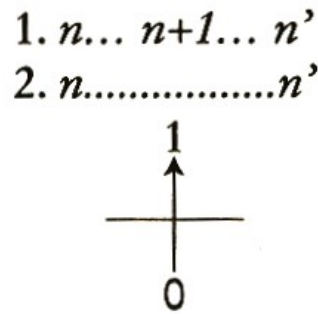


Fig. IX-3

Esta es entonces la representación, clásica si se quiere, del engendramiento [1.], y esta es a la que hay que llegar [2.] [Figura IX-3], es decir, que hay que pasar de la representación absolutamente horizontal, señalada aquí, a una representación vertical donde se ve efectuarse, a través de ese pretendido signo +, la emergencia del 0 que viene aquí a fijarse como 1 y a producir, por la diferencia de n a n' , lo que ya ustedes reconocieron como un efecto metonímico. El 1 ha de tomarse entonces como el símbolo originario de la emergencia del 0 en el campo de la verdad, y el signo + como el signo de la transgresión con la que el 0 llega a ser representado por 1, representación que es necesaria para producir, como un efecto de sentido, el nombre de un número como sucesor. Ven entonces que en una representación lógica, el esquema está como aplastado sobre sí mismo, y que la operación realizada aquí consiste en desplegarla en una dimensión vertical para hacer surgir el nuevo número. Ven entonces que si el 1 constituye el soporte de cada uno de los números de la serie, es en la medida en que es para cada uno de ellos, el soporte de 0. El esquema restituido les presentifica entonces la diferencia de la lógica del significante con la lógica lógica.

Debe entonces permitirles aislar el número como efecto de significación, la función de la metonimia como efecto del cero. Entienden entonces que esta proposición suture la lógica, esta proposición formulada en el primero de los cinco axiomas de Peano, proposición que establece el cero como un número, esta proposición según la cual *el cero es un número* es la proposición que definitivamente permite al nivel lógico existir como tal. Esta proposición de que el cero es un número, como tal es insostenible, y su no validez quedaría marcada bastante por la duda que se perpetúa por su localización en la serie de los números en Bertrand Russell. Pero su singularidad queda denunciada aquí bastante, en el hecho de que ese número contado como objeto es asignado a un concepto bajo el cual no queda subsumido objeto alguno, a tal punto que para contarlos es necesario soportarlos en el número 1 mínimo, a fin de atribuirle el número 1 decisivo de la progresión.

La repetición que se desarrolla en la serie de los números se sostiene en que el cero pasa, siguiendo un eje primero horizontal, sobrepasando el campo de la verdad bajo la forma de su representante como *uno*, y siguiendo un eje vertical en la medida en que su representante sólo tiene lugar por el hecho de su ausencia. Si entendieron esto, ¿qué es lo que constituye obstáculo entonces para nosotros, por lo menos aquí (puesto que sin duda sería normal que

los lógicos empezasen a poner el grito en el cielo), qué constituye obstáculo para nosotros, por lo menos aquí, para reconocer en el cero, en tanto función del exceso, el lugar mismo del sujeto que sólo es eso: la posibilidad de un significante más?

RELACIÓN DEL SUJETO CON EL SIGNIFICANTE

La relación del sujeto con el campo del Otro, porque ahora jugamos con las cartas sobre la mesa, la relación del sujeto con el campo del Otro no es más que la relación matricial del cero con el campo de la verdad. Esa relación, en tanto es matricial, no podría ser (les recuerdo esto, porque esta proposición fue expuesta por Jacques Lacan hace unos tres años, si creemos en las notas sobre su seminario *La Identificación*), esa relación matricial no podría integrarse en una definición de la objetividad. Espero que lo hayan comprendido tal vez mejor. En todo caso, eso les quedó ilustrado con el engendramiento del cero a partir de la no identidad consigo bajo la cual no cae ninguna cosa del mundo. Y esa relación matricial (y ahí tenemos una conjunción esencial con esta lógica del significante evocada tan a menudo[...]) hace que la representación del sujeto ante el otro bajo la forma del *uno* del rasgo unario sea correlativa de su exclusión por fuera de ese campo. Bien saben ustedes que esa relación del sujeto con el Otro, con el gran Otro, hace que se deba representar ese sujeto aquejado por esta barra del significante que lo hace funcionar por fuera del campo del Otro, con el peligro de que, si uno se ubica del lado del sujeto, sea el gran Otro el que quede marcado por esta barra. Entonces ven esta lógica del significante ahí, en este intercambio, intercambio fundamental. La barra de la A mayúscula no es más que la relación de exterioridad del sujeto con el Otro que constituye a este Otro como inconsciente en la medida en que el sujeto no alcanza al Otro.

Ahora, si el sujeto se sostiene de la serie de los números, no hay nada que pueda definir, definirlo en la dimensión de la conciencia al nivel de la constitución y de la progresión. La conciencia del sujeto ha de situarse al nivel de los efectos de significación hasta el punto en que sus reflejos puedan decirse, regidos por la repetición del significante, repetición que se produce por el paso del sujeto como falta.

Espero que quede claro que esas fórmulas pueden, en todo caso podrían, deducirse con una anticipación transgresiva en el discurso de Frege. Pero si se requiere, digamos, materia probatoria que les muestre que esta función del exceso soportada por el sujeto, en el fondo, siempre ha estado patente, les citaré un pasaje de Dedekind, citado por Cavallès en su libro *La philosophie mathématique*, donde él anota de hecho que Dedekind³² está de acuerdo aquí con Bolzano. Se trata de darle a la teoría de conjuntos su teorema de existencia, se trata de explicar la existencia, o la posibilidad de existencia de un infinito enumerable. ¿Y qué ejemplo da aquí Dedekind? Dice: “A partir del momento en que una proposición es verdadera, puedo siempre producir una segunda, a saber, que la primera es verdadera y así sucesivamente hasta el infinito”. Aquí es donde, al desnudo, la función del sujeto aparece como función del exceso que recibe en el lenguaje de Cavallès el nombre de función de la tematización.

Cuando el Dr. Lacan sustituye la definición del signo (la definición del signo como lo que representa algo para alguien), cuando la compara, la pone frente a la definición del significante como lo que representa al sujeto para otro significante, lo que quiere tener lugar

aquí es la exclusión de toda referencia a la conciencia en la medida en que la cadena significativa queda concernida. En esta cadena significativa es necesario en efecto insertar el sujeto, pero esta inserción inevitablemente lo rechaza al exterior de esta cadena. Esto hace que la emergencia del sujeto, su inserción, como se dice, o su representación, sea necesariamente correlativa de su desvanecimiento. Y una vez más tenemos ahí una relación fundamental de la lógica del significante.

Ahora podríamos intentar representar engendramientos tan originales en el tiempo como sería, en últimas, natural hacerlo, y entiendan bien que el tiempo, o por lo menos su representación lineal, están bajo dependencia de esta cadena. Y por tanto que ese tiempo que sería necesario para representar este engendramiento no puede ser lineal, puesto que, al contrario, producirá la linealidad de la serie. Entonces, si se quiere, puede decirse, y el Dr. Lacan sostuvo esas dos proposiciones juntas, creo que fue en el seminario sobre la *Identificación*, donde se puso el primer acento en el hecho de que el sujeto está en el origen del significante, y bien pudo ponerse en otro lugar, pienso en el seminario sobre *La angustia*⁸⁹, que, al contrario, el origen del sujeto radica en que está excluido del significante que lo determina. En otras palabras, el sujeto está en el origen del significante; el nacimiento del sujeto debe remitirse a la anterioridad del significante. No debe sorprender percibir aquí un efecto retroactivo; la retroacción es esencialmente lo siguiente: ese momento de engendramiento de un tiempo que podrá por fin ser lineal y en el cual, tal vez, se podrá vivir.

Simplemente conservar esas dos proposiciones; yo encontré por aquí y por allá en el discurso de Lacan, por supuesto, las dos proposiciones que hay que conservar juntas, sostener firmes: el sujeto es *el efecto del significante*; el significante es *el representante del sujeto*. Ahí está, es ahí, aquí, donde se mantiene el tiempo circular.

Ven que, a partir de un discurso simplemente lógico, puede deducirse rigurosamente esta estructura del sujeto en su relación con el significante, tal como, con la mayor sencillez, lo ha machacado el Dr. Lacan, estructura en equilibrio de lo que aparece para desaparecer. Apertura o cierre del número, se descubre un cero en el número, hay un *uno* para abolirse en el número que se vuelve a cerrar. Y ahí comprenden por qué siempre se halla uno más respecto a lo que se había dicho, y que esa falta es también que ese *uno* de más se vuelve una falta, por supuesto, cuando se pasa a lo real. Ese es el cuento que les había sido narrado a menudo, cuando al doctor le gustaban las bromas, ese cuento de naufragos que se cuentan en una isla y que siempre resultan siendo uno más.

Jacques Lacan – Es Shackleton¹⁴³ [Sir Shackleton, *L'Odysée de l'Endurance*, París, Phébus, 1988] quien lo cuenta en una exploración del Antártico. Viven en condiciones muy muy especiales, un pequeño grupo aislado. Siempre resultan siendo uno más, con al mismo tiempo, uno que falta.

Jacques-Alain Miller – Entonces ese signo + que transformamos, entendemos que no es la adición; que más esencialmente es la *suma*, la *conminación* [*sommation*]. En ese pseudo + está el sujeto que es conminado a comparecer en el campo del Otro, y que jamás comparece en persona. He ahí pues la dimensión fundamental de un llamado y de un rechazo que estructuran la división del sujeto, y ahí es donde se sitúa la alienación, lo saben ustedes desde el final del año pasado.

PREGUNTAS A LA SEÑORA PIERA AULAGNIER

No tengo el tiempo y en todo caso tampoco la competencia para hablar de este artículo, de esta intervención de la que quería hablar, y respecto de la cual quería plantear algunas preguntas en relación con la lógica del significante, pero bueno, intentaré hacerlo muy rápidamente; aquí, el tiempo me ayuda, puesto que me permite no tener que adentrarme demasiado en ese terreno que conozco mal. Hablo del artículo publicado en el tomo VIII de *La Psychanalyse* bajo el título “Comentarios sobre la estructura psicótica, I. Ego especular, cuerpo fantaseado y objeto parcial”¹¹, de la señora Piera Aulagnier. Subrayaré entonces muy rápidamente estos puntos: que la alienación me parece aquí constituida en referencia primordial a la conciencia y que con eso realizamos tal vez (espero que la señora Aulagnier no se moleste conmigo) una desviación lagachiana del lacanismo porque la alienación, en lugar de remitirse a la división, sólo podría hallar su referencia última en lo que aquí se llaman *respuestas, reconocimientos*, en fin, la *toma de conciencia*.

Luego, me parece que una frase de ese artículo podría permitir creer que el Otro no se concibe allí esencialmente y ante todo como un campo; la frase que dice:

“El discurso, en ese comienzo alienante por definición, ese malentendido inicial y original es lo que da fe de la inserción de aquel que es el lugar de la palabra en una cadena significativa, condición previa de toda posibilidad para el sujeto de poder insertarse allí, en su momento.”

Ese término de *inserción*, además, me parece demasiado cómodo porque permite desatender justamente la dimensión del desfallecimiento del sujeto, por estar, en cierto punto, aquejado por el adjetivo *mala*, tiene demasiadas interpretaciones culturalistas; es lo que aquí se llama la entrada en los desfiladeros del significante. Por último, y esto sólo puedo señalarlo porque, digamos, no le he trabajado suficientemente, lo que la señora Piera Aulagnier intenta articular sobre la castración según lo cual el gran Otro sería su agente, y el sujeto el lugar, no me parece posible de desarrollar sin la referencia al rasgo unario, lo cual se señalaría tal vez con esta frase:

“Lo que hay que agregar es que lo que se refleja en el espejo en tanto ego especular le cierra para siempre al psicótico toda posibilidad y toda vía hacia la identificación.”

¿Cómo podría concebirse la conclusión de ese mecanismo esencial, como me parece que lo dice muy bien la señora Piera Aulagnier, esta forclusión, sin esa relación con ese ϕ correlativo esencialmente del sujeto en la medida en que lo que se disminuye aquí se tacha allá? ¿No será que a ese cuerpo fantaseado, ese cuerpo que el psicótico ve en el espejo, le falta definitivamente esa unificación que sólo podría darle la distinción del rasgo? ¿Lo que falta aquí no es acaso la subordinación, que al comienzo hemos considerado esencial, de la función de la unidad unificante a la función de la unidad distintiva y por tanto la función del rasgo unario como nódulo, raíz de esta castración? Una vez más creo haber trabajado demasiado poco como para poder decir aquí algo más porque, efectivamente, de eso no sé más.

En cambio, lo que me parece y me pareció absolutamente compatible y articulado según las reglas de la lógica del significante, es aquí el punto, que el doctor Lacan recordó al

comienzo de esta intervención, que es el objeto *a*, en donde bien se dice, en este artículo, que tiene al falo como punto giratorio de su constitución. Queda claro que la función del número puede remitirse a esta función del *a* como efecto de metonimia que elimina al sujeto obturando su lugar, por el hecho de que el sujeto se halla identificado con él. Porque en fin, si me atrevo a decir algunas palabras más concernientes al análisis, y de nuevo aquí desde un punto de vista totalmente formal, diré que lo que marca la metonimia de este objeto *a*, como la función del número, es que la infinitud del deseo es una pseudo-infinitud, es decir, que es una infinitud enumerable por el hecho de no ser más que una metonimia tal como aparece en forma de recurrencia en la teoría del número entero.

El deseo, y aquí ven hasta qué punto las categorías articuladas en esta lógica pueden servir en el álgebra analítica, esta infinitud, ha de concebirse como la ley del paso del *cero* en tanto que abandona, como lo hace aquel a quien llamamos el maligno, su traza. En lo cual ven que no es tan maligno, puesto que se lo puede seguir por las huellas. Todavía es necesario calzarse los anteojos verdes del analista para pisarle los talones. El paso del *cero* es el *uno* en su función de repetición.

Habría querido decir algo sobre lo que puede enseñarnos esta lógica del significante en el discurso de Claude Lévy-Strauss, a veces tan aparentemente unido al de Lacan. Diré (tal vez sea un tanto elíptico y tal vez un tanto insolente, pido excusas) que es por no discernir, en la articulación de la combinatoria y en el movimiento de sus variaciones, el paso del *cero*, que aparece para él la necesidad de una referencia exterior a la combinatoria, tal como la encuentra Levi-Strauss, con lo cual regresa al más primitivo de los materialismos del s. XVIII, en la estructura del cerebro. Ese retorno nos es ahorrado por lo que sabemos de la implicación del sujeto en la estructura, y no por su posición en el exterior, en la medida en que esta implicación funciona allí como intimación por la conminación que el significante hace del sujeto.

Voy a terminar en donde en cierto momento pensé empezar, que era decirles la relación que tiene expresamente, exactamente, esta intervención con el comienzo de lo que el Doctor Lacan explicó este año. Alguna vez alguien se sorprendió de que el seminario de este año no se llamase *Las posiciones subjetivas*, como se había dicho el año pasado. Sin embargo, de cierta forma sí es las posiciones subjetivas lo que se ha tratado este año, que continúa tratándose aquí y que tal vez, sin duda, continuará tratándose.

Lo que el Doctor Lacan nos explicó sobre todo al comienzo de este año, lo que intentó hacer, fue situar en una topología única las relaciones que mantienen en el espacio del lenguaje las circunscripciones del campo lógico, del campo lingüístico y del campo analítico. Intentó dar el principio de las particiones operadas según su pertinencia particular con los tres discursos de la lógica, de la lingüística, del psicoanálisis, en el espacio del lenguaje. La pertinencia para cada uno de estos tres discursos (y se ve cómo puede dar aquí el psicoanálisis el principio de una nueva clasificación), la pertinencia para cada uno de esos discursos, la posición, es la posición en donde se sostiene el sujeto respecto a lo representado que lo produce, que lo instituye. Lo cual puede y hasta debe decirse así: “el principio de la variación de las pertinencias es la variación de las posiciones del sujeto”.

El conjunto de lo que dije sólo tiene valor de ficción. Justamente porque sólo tiene valor de ficción puede uno imaginar exportar algunos de sus términos a otra parte. ¿En qué consiste esencialmente un trabajo sobre conceptos? En reducir esta lógica a:

- 1 – la acción del significante como lo que el sujeto sólo puede alcanzar al ser representado y
- 2- la posibilidad no obstante del significado.

Esta acción del significante y esta posibilidad del significado nos parece (lo digo como paréntesis) caracterizar esta inversión que Marx ubica en el principio de la ideología. Ahora, puede ocurrir que no se acepte únicamente que esto sea una ficción. A quienes no lo acepten, les diré entonces mejor, para colmarlos más completamente, les diré que se trató aquí de una farsa [*farce*] en la cual yo fui la marioneta, pero a quienes quieren que esto haya sido un relleno [*farce*], que se persuadan de que ellos fueron los pavos.

Jacques Lacan – Luego de esta intervención extremadamente plena, como pienso que lo señala la atención que obtuvo, voy lamentablemente, sólo por la forma, dada la hora tan avanzada, a pedir si alguien pudiese traer el complemento de una pregunta que se le haya sugerido como absolutamente urgente.

Acaso Piera Aulagnier, quien por supuesto, al haberla puesto en el banquillo de una manera, diría yo, tan zalamera, bien puede pensar que no nos vamos a quedar ahí y que, como disponemos de otros textos de Piera Aulagnier, publicados o no, y uno producido recientemente en público, tendré la ocasión de referirme a esto en la entera medida en que esta intervención radical, esta intervención nodal respecto a la función del cero y del uno, verán que es el pivote absolutamente esencial con el cual podremos escalonar, retomar asuntos que, yo me di cuenta durante este periodo de que, digamos la palabra, del aislamiento que quise tomar recientemente, retomar, digo, en su orden donde me di cuenta de que habían sido enunciadas en un orden que, seguramente, para todos aquellos que se remitieran a mis seminarios de los años pasados, resultaría absolutamente riguroso, debo decirlo. Debo atribuirme ese buen punto perfectamente didáctico de retomar, en su orden, todo aquello cuyas consecuencias he mostrado, en el nivel respectivo de la posición primero de la demanda y del deseo, y de una distinción absolutamente fundamental que hice, y respecto de las cuales tuvieron lugar a mi alrededor, y no solamente en el artículo de Piera Aulagnier, ciertos deslizamientos, casi obligados pero que siempre hay que enderezar, respecto a la distinción de las funciones que llamé opuestas que respectivamente son la privación, la frustración, la castración, que es tan esencial distinguir para reinstalar toda la teoría que damos de la cura en su forma más concreta.

Pienso que lo que se les trajo hoy, que se multicopiará y pondrá a disposición en las mismas condiciones, es decir, sin que ustedes estén obligados a intervenir al respecto inmediatamente, en las mismas condiciones que el discurso de Duroux la vez pasada, pienso que no podía hallar mejor punto de partida luego de lo que voy a desarrollarles ahora durante el mes de marzo y al que entonces se le podrá tal vez aportar, primero de una manera que nos ofrezca el tiempo para hacerlo, tendremos dos sesiones cerradas al final del mes de marzo, y de una manera también que se diversificará con los diversos retoños que habré tenido el tiempo de retomar de aquí al final.

Vuelvo a plantear entonces mi pregunta: ¿hay alguien que quiera plantear una pregunta urgente?

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo. Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:
pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com